

Discurso pronunciado por el Excelentísimo Presidente del Gobierno del Reino de España Don JoséLuis Rodríguez Zapatero

Sesión especial del día miércoles 30 de marzo de 2005

“En nombre de los ciudadanos españoles y del gobierno de España expreso mi confianza y ofrecimiento leal de apoyo a Venezuela y a los venezolanos”

“Señor Presidente de la Asamblea Nacional, ciudadano Vicepresidente Ejecutivo, señoras y señores Diputados, autoridades, ciudadanos y ciudadanas de Venezuela: Es para mí motivo de profunda satisfacción encontrarme en Venezuela. Deseo que las primeras palabras que dirijo a ustedes, como representantes de la República Bolivariana de Venezuela, sean ante todo un testimonio de agradecimiento, de agradecimiento y de fraternidad. Agradecimiento mío y de todo el pueblo español por la acogida que Venezuela ha dispensado siempre a tantos miles de españoles que fueron recibidos en esta tierra con los brazos abiertos. Muchas gracias por ello.

En algunos casos se trataba de compatriotas que encontraron aquí oportunidades que les permitieron prosperar y construir sus vidas. En otros casos fueron conciudadanos que tuvieron que abandonar España por razones políticas. A todos ellos Venezuela los acogió como hermanos. A ninguno le negó esta tierra la posibilidad de desarrollar plenamente su potencial humano. Por todo ello, señoras y señores diputados, el agradecimiento de miles y miles de españoles, el sincero agradecimiento de muchas generaciones que consideran a Venezuela como su casa.

Es también un honor el estar hoy aquí con ustedes en esta Asamblea Nacional. Este recinto, sus inmediaciones, la Plaza Bolívar, que acabo de cruzar, son lugares cargados de profunda significación histórica para Venezuela, para España y para el conjunto de la América Latina.

Junto a ellos se hace inevitable reflexionar sobre los largos años de historia compartida, sobre el sueño bolivariano y sobre el proceso desarrollado por los países de nuestra comunidad, con el laborioso camino de construir una democracia plena.

Es aquí, en esta ciudad de Caracas, en donde se promulgó, en la lejana fecha de 1810, la primera Constitución de un país iberoamericano, la Constitución que fue anterior en dos años a la de Cádiz de 1812, que introdujo la libertad en nuestro país. Venezuela fue también uno de los primeros países de nuestra comunidad en donde la democracia hundió sus firmes raíces hace ya más de cuarenta años.

En las últimas décadas, los países iberoamericanos, incluida España, hemos ido recuperando la democracia. Podemos legítimamente felicitarnos de las libertades de que gozamos, de los hábitos de civilidad que hemos ido desarrollando y que cada día debemos perfeccionar.

Pero constatamos una y otra vez –y las reflexiones habidas en el seno de las Cumbres Iberoamericanas han sido muy fructíferas en este sentido– que la democracia no es un resultado ya adquirido que no requiere de más cuidados, sino que, por el contrario, es un proceso en continua construcción. Constatamos que las instituciones democráticas son los mejores instrumentos posibles para la creación, en una tarea ardua y continuada, de sociedades libres y prósperas.

Porque está precisamente en la propia naturaleza de la democracia el permitirnos ver, con mayor claridad y en toda su crudeza, las desigualdades que aún ahora siguen aquejando a nuestras sociedades, como expresó el Libertador Simón Bolívar en su discurso de Angostura.

Una democracia estable, en definitiva, exige necesariamente un colosal esfuerzo para reafirmar la cohesión social de la Nación, que se expresa en la concordia, eliminando en lo posible las diferencias insalvables entre unos grupos y otros.

Esta es, creo, una realidad comprendida por un número cada vez mayor de gobiernos en todo el mundo. Y también en Iberoamérica vemos cómo la lucha contra la desigualdad y la exclusión social se va convirtiendo progresivamente en el primero de los objetivos de nuestros gobiernos y en el principal criterio inspirador de nuestras políticas. Difícilmente puede ser de otro modo, porque esa es la constante reivindicación de nuestros pueblos.

Mi Gobierno sigue con particular atención los programas y misiones que está desarrollando el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela, con el objetivo de satisfacer las necesidades, de atender las perentorias demandas sociales planteadas por amplios sectores sociales de este país.

Aspiramos, señoras y señores diputados, ciudadanos, ciudadanas, a crear sociedades más justas. Podemos diferir o no sobre los instrumentos concretos para ello. Podemos discutir sobre la mayor o menor idoneidad de tales o cuales mecanismos, en un rico debate de ideas y experiencias prácticas. Ese debate, intenso, variado, imaginativo, libre, abierto, esa pluralidad de enfoques, no harán más que acercarnos entre nosotros y acentuar las posibilidades de alcanzar nuestro objetivo con éxito.

Pero si observamos a nuestro alrededor, si consideramos la evolución de nuestros pueblos a lo largo de los años, constataremos que sólo hay un marco político que nos ofrece garantías para ello. La historia, señoras y señores Diputados, nos ha demostrado hasta la saciedad que el único marco para alcanzar el ideal de unas sociedades cohesionadas y pluralistas, sin exclusiones, es el sistema democrático y a mejor sistema democrático, más igualdad social, más justicia social y un compromiso más decidido con lo que representa la evolución de una comunidad internacional viva libre...

Desde los lejanos días de las guerras de independencia, las guerras civiles del siglo XIX, las dictaduras del siglo XX, los períodos más o menos breves de democracia liberal –procesos históricos que España y Venezuela hemos vivido

muchas veces simultáneamente— toda nuestra historia reciente, en fin, nos demuestra que hay instituciones, reglas y hábitos que no podemos alterar sin grave riesgo de caer en el enfrentamiento. Tales son:

Unos mecanismos institucionales, equilibrados e independientes.

Una aplicación de la separación de poderes.

El pleno respeto a las libertades públicas y a los derechos humanos.

El funcionamiento normal de los partidos políticos y de los diferentes representantes de la sociedad civil.

La aceptación leal de la mayoría por las minorías y el reconocimiento y atención de las preocupaciones legítimas de las minorías.

Todos estos son elementos frágiles, sabiamente equilibrados, de los que en manera alguna podemos prescindir si queremos realizar nuestro sueño de construir sociedades más justas, más libres, prósperas y en paz.

La historia de mi país es testimonio de que el deterioro del diálogo, la conversión del adversario en enemigo, la tentación de buscar atajos al conflicto político puede llevar a largos años oscuros que luego resulta imposible recuperar.

Desde que se promulgó la primera Constitución de Iberoamérica, el futuro de Venezuela quedó íntimamente vinculado al desarrollo de la democracia, un ideal que es hoy una seña de identidad de toda la Comunidad Iberoamericana

Señoras y señores Diputados, Venezuela está en un proceso de transformaciones políticas y sociales de hondo calado. Los venezolanos, independientemente de sus orientaciones políticas, y a pesar de las tensiones, han manifestado claramente su deseo de vivir en paz, de dirimir la confrontación política por la vía de las instituciones democráticas, del diálogo de la palabra y de la concordia y a ello les invito permanentemente.

Señoras y señores Diputados: Expreso el común sentir de mis conciudadanos al asegurarles que España se encontrará siempre del lado del pueblo venezolano en la construcción pacífica de una democracia libre y justa.

Ciudadano Presidente, señoras y señores Diputados: Si nuestras sociedades están sufriendo profundas transformaciones en el orden interno, ese proceso de cambio acelerado se ve reforzado y modulado por los cambios que se están produciendo en la esfera internacional.

En estos inicios del siglo XXI comienza a dibujarse un orden multipolar cuyos centros parecen estar definiendo en torno a sociedades políticas de ámbito continental. En parte como respuesta a ese desafío y en parte porque las aspiraciones de los ciudadanos se encuentran mejor satisfechas cuando un grupo de Estados actúa conjuntamente en determinados ámbitos, asistimos a procesos de integración regional en varios continentes.

Como saben, España trabaja activamente en el proceso de construcción de la unidad europea que tanta libertad, progreso y paz ha dado a cientos de millones de ciudadanos europeos. Y participa además en los diversos mecanismos de integración reforzada que existen en el seno de la Unión

Europea. España ha sido el primer país en apoyar, en referéndum nacional con un sí rotundo, la introducción de una nueva Constitución para el conjunto de la Unión Europea. Hablar de Constitución Europea, de política exterior común de Europa o de una moneda común –todo lo cual existe hoy– parecía una quimera en 1958 cuando comenzó a materializarse, con la creación de un Mercado Común, el proyecto europeísta.

Nos felicitamos de que, también en América, el viejo ideal bolivariano de unidad continental esté tomando cuerpo en procesos cada vez más avanzados, y más integrados, de lo que representa ese proyecto de unidad regional. Unos procesos que siempre deben basarse en la colaboración leal y transparente entre los Gobiernos participantes. Venezuela, que forma parte de la Comunidad Andina, y se integra en Mercosur, está representando un papel de primera línea a la hora de impulsar el desarrollo de una comunidad continental.

Estoy convencido de que el desarrollo exitoso de los procesos de integración regional latinoamericanos, serán garantía de que Iberoamérica cuente como una voz potente que debe ser escuchada y respetada en el orden multipolar que se dibuja en el horizonte del orden internacional.

Señores y señoras Diputados: Europa y América Latina comparten una misma civilización, unos mismos valores y una misma cultura. La Unión Europea mantiene acuerdos de asociación y diálogo político con todos los mecanismos latinoamericanos de integración subregional y, periódicamente, la Cumbre Unión Europea-América Latina y Caribe reúne a los Jefes de Estado y de Gobierno de nuestros dos continentes. Porque Europa –y esto lo sentimos con especial intensidad los españoles– no se puede entender sin Iberoamérica.

Nos encontramos en un momento de especial trascendencia en la construcción de la Comunidad Iberoamericana de Naciones. La pasada Cumbre de San José de Costa Rica ha supuesto un importante punto de inflexión al aprobarse los estatutos por los que se regirá la futura Secretaría General Iberoamericana. Dentro de unos meses contaremos ya con un Secretario General, cuya labor servirá de estímulo para desafíos más ambiciosos. La Cumbre de Salamanca de octubre de este año, debe suponer un significativo paso adelante en la consolidación del proceso de las Cumbres Iberoamericanas. Por ello estamos trabajando ya en un conjunto de iniciativas que en distintos campos, como el político, el económico, el cultural o el de la cooperación en sus distintas ramas, tengan una función dinamizadora para que este entramado iberoamericano, que hemos ido construyendo, refleje aún más las inquietudes de nuestras sociedades y nuestra voz en el seno de la Comunidad Internacional.

Europa y América Latina, España y Venezuela, podemos y debemos contribuir a modelar el mundo crecientemente interrelacionado que se está desarrollando. No podemos renunciar a que la globalización refleje también los criterios de justicia y equidad que deseamos ver triunfar en nuestras sociedades.

Un grupo de mandatarios europeos e iberoamericanos hemos propuesto diseñar políticas concretas de lucha contra el hambre y la pobreza en todo el mundo. En el ámbito de la Cumbre Iberoamericana, estamos estudiando la idea

de canjear deuda por educación. Yo mismo propuse ante la Asamblea General de Naciones Unidas el pasado mes de septiembre una alianza de civilizaciones frente al peligro de satanización de las culturas que nos parecen diferentes, una alianza propuesta que el Gobierno venezolano ha acogido con mucho interés y quiero agradeceréselo.

Debemos explorar estos u otros caminos para realizar un mundo más justo, porque el futuro no está escrito, el futuro se construye cada día, ante todo con ideales, con los ideales del diálogo, de la concordia, de la voluntad de paz, de la justicia social, de la afirmación de que vivir solo tiene sentido si es pensando en los demás.

Señor Presidente, señores y señoras Diputados: Hace poco el Presidente Chávez recordaba en esta ciudad una frase del gran poeta venezolano Andrés Bello: "Si ese mundo verdaderamente grande, próspero, libre, igualitario, justo, nosotros no lo veríamos con estos ojos, no importa nada que no lo veamos; nos bastará que lo vean nuestros hijos o nos bastará que en los ojos que lo vean, palpitemos nosotros con nuestros sueños y con nuestra esperanza".

En nombre de los ciudadanos españoles, en nombre del Gobierno de España, quiero expresar mi confianza, mi ofrecimiento leal, sincero, cariñoso, de apoyo a Venezuela, de apoyo a los venezolanos, de convencimiento optimista sobre su futuro, a todos y cada uno de los ciudadanos de Venezuela, también a los pueblos indígenas que están aquí representados. De todo lo que representa un proyecto común y compartido, les estoy hablando en nombre de la España que se ofrece, en nombre de la España que quiere compartir, en nombre de la España que respeta, en nombre de la España que habla de igual a igual con los países, en nombre de la España que ofrece una visión del mundo donde la esencia de un futuro en el que nos podamos sentir reconocidos, de un legado del que se puedan sentir orgullosos nuestros descendientes, tiene que tener dos ideas esenciales: la paz democrática y la justicia social a favor de los desheredados. Muchas gracias".